

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO III.

MADRID, 21 DE JUNIO DE 1908

NÚMERO 25



## LA PLANTA DE LA VIDA

CONCLUSIÓN

**V**erdaderamente, Enriquito había crecido, pues hacía ya dos años, siete meses y dos días que salió de su casa, y como entonces tenía siete años cumplidos, ahora tenía cerca de diez.

Antes de que pudiese el niño contestar, abrióse la ventana y apareció por ella el hada Bienhechora. Abrazó á Enriquito, y acercándose

Ayuntamiento de Madrid

al lecho de la madre, la contó todo lo que había hecho por salvarla, los peligros que tuvo que sufrir, y el valor, la paciencia y la bondad de que tantas pruebas había dado. Tantas alabanzas le prodigó, que Enriquito enrojeció, y entonces su mamá, cogiéndole en sus brazos, le estrechó contra su corazón, dando gracias á Dios por haberle dado un hijito tan bueno.

Pasados los primeros transportes de dicha y alegría, el hada dijo:—Ahora puedes hacer uso de lo que te han regalado el viejecito y el gigante de la montaña.

El niño sacó la tabaquera que el primero de los genios le diera y la abrió. En el mismo momento comenzaron á salir de ella un sinnúmero de pequeños hombrecillos del tamaño de una abeja, que se pusieron á trabajar con tal ahinco y ligereza que en un cuarto de hora construyeron y amueblaron una hermosa casa que se encontraba en el centro de un jardín y adosada á un espeso bosque y á una alegre y verde pradera.

—Todo esto es tuyo—añadió el hada.—El cardo del gigante te proporcionará lo que te falte, el bastón del lobo te transportará donde tú quieras y la garra del gato te conservará la salud y la juventud y lo mismo á tu madre. Adiós, Enrique, vive dichoso y no olvides que la virtud y el amor filial son recompensados.

El niño se arrojó á los pies del hada Bienhechora que le dió su mano á besar, se sonrió y desapareció.

La pobre madre hubiese querido levantarse para ver y admirar su nueva casa, su jardín, el bosque y la pradera, pero no tenía que ponerse; durante su enfermedad había hecho que su hijo vendiese todo cuanto poseía para que no le faltase que comer.

—¡Ay, hijo mío!—decía—¡no tengo ni vestidos, ni calzado, ni nada!

—Todo esto lo vais á tener en seguida—exclamó su hijo.

Y sacando el cardo de su bolsillo le apretó en su mano, deseando al mismo tiempo tener á su disposición, para su madre, vestidos, calzados y lienzo para la casa.

En el mismo instante los armarios se encontraron llenos de ropa blanca, la madre se halló vestida de pies á cabeza y Enriquito vió convertido su antiguo y destrozado traje en uno nuevo de terciopelo azul. Lanzaron un grito de alegría y los dos juntos se pusieron á recorrer toda la casa; allí no faltaba nada; por todas partes había muebles sencillos, pero confortables y cómodos; la cocina estaba llena de cacerolas, marmitas y pucheros relucientes, pero sin que dentro de ellos hubiese nada. Entonces Enriquito volvió á apretar el cardo deseando un almuerzo completo, y en seguida una mesa se vino á colocar ante ellos, cubierta de hermosos manteles y fuentes conteniendo una sopa bien caliente, un excelente guisado, un pollo asado y una apetitosa ensalada. Excusado es decir que madre é hijo hicieron á los manjares los honores que se supondrán en gentes que no habían comido desde hacía cerca de tres años. Cuando hubieron terminado, la madre, ayudada por Enriquito, quitó los cubiertos, lavó la vajilla y limpió la cocina.

Después hicieron las camas con la ropa blanca hallada en los armarios y se acostaron dando gracias á Dios y al hada Bienhechora.

Desde entonces han vivido sin faltarles nada, gracias al cardo; sin sufrir ni envejecer, merced á la garra del gato, y sin servirse nunca del bastón, pues se encuentran dichosos y contentos en su casa sin desear jamás moverse de ella.

Enriquito pidió al cardo dos vacas, dos buenos caballos y las cosas precisas para la vida, pero sin pedirle ni una vez nada supérfluo ni para vestir ni para alimentarse. Por esto conservará el talismán siempre sus propiedades.

¿Vivirán eternamente el hijo y la madre? No se sabe; lo probable es que el hada Bienhechora los haga inmortales y los transporte á su hermoso palacio encantado, reservado únicamente para aquellos que han dado pruebas de la bondad de su corazón.

X. X.





## EL VINAGRE

La substancia, que gracias á la fermentación del mosto, se ha convertido en vino, puede ser objeto de otras dos fermentaciones: la acética y la pútrida; la primera, mediante la cual queda hecho vinagre; la segunda, en que se descompone y se inutiliza por completo.

En una botella cerrada, llena hasta arriba y tendida, se conserva el vino por espacio de muchos años y mejoran todas sus cualidades. Si, por el contrario, se deja expuesto al aire, sobre todo en sitio donde la temperatura oscile entre los 15 y los 30 grados, se convertirá en vinagre al cabo de cierto tiempo.

Este cambio se puede producir con más facilidad si se añade al vino un fermento cualquiera, hecho con harina, con sangre ó con jugo de carne. Estos, al menos, eran los procedimientos que antes se empleaban para hacer el vinagre, pero desde que Pasteur estudió el origen de la fermentación acética y las causas que la producían, se siguen otros sistemas más rápidos y más cómodos.

En efecto, observó que todo vino que se está transformando en vinagre está cubierto por una capa formada de unas plantas microscópicas conocidas con el nombre de *micoderma aceti* ó flores del vinagre; observó también que si se calentaba el vino y el aire contenido en el recipiente que lo encerraba, este vino no se agriaba, siempre que estuviese tapada la botella, porque el calor había destruído la plantita antes nombrada; mientras que aun cuando se calentara el vino se agriaba al ponerlo en contacto con el aire, porque si bien el calor había matado á las *micoderma* que pudiera el vino contener, se depositaban en su superficie otros que flotaban en el aire. Dedujo, por tanto, que para producir la fermentación acética, ó sea para hacer vinagre, basta mez-

clar un poco de éste con el vino que se quiera transformar, y extendido con una espátula por cima del líquido una cantidad de la capa ó tela de *micoderma* que se hallen en la superficie de un vino que se esté agriando. Por poca cantidad de estas plantas microscópicas que se ponga, bastarán veinticuatro ó cuarenta y ocho horas para que todo el vino quede recubierto por completo, y pocos días después, convertido en vinagre. Con este procedimiento se opera cinco veces más de prisa que con los métodos antiguos.

Del empleo del vinagre se tienen las más remotas noticias. No sólo se usaba para condimentar los manjares, sino también como bebida, mezclado con agua, y á guisa de refrescante en el verano. Los soldados romanos lo bebían, y en alguna ley de aquellos tiempos se ordenaba que se les repartiera vinagre un día, y otro día vino, alternando.

El vinagre es hoy y ha sido siempre un elemento importante en la cocina, en donde no se usa sólo para sazonar las ensaladas, sino que sirve para conservar una porción de verduras, tales como aceitunas, pepinillos, cebollas, etc. Las carnes, como, por ejemplo, la de cerdo y las perdices, se conservan también en adobos hechos con vinagre, y lo mismo ocurre con los pescados, v. gr.: el escabeche. No hay que hablar de la importancia que aquél tiene en países como Andalucía, en que el gazpacho es base del alimento popular.

Antiguamente se consideró el vinagre también como medicamento, y aconsejaban á los atacados de fiebres que tomaran agua acidulada con vinagre y endulzada luego con azúcar ó con miel. Es muy usual aún el hacer aspirar vinagre á los que sufren desmayos.

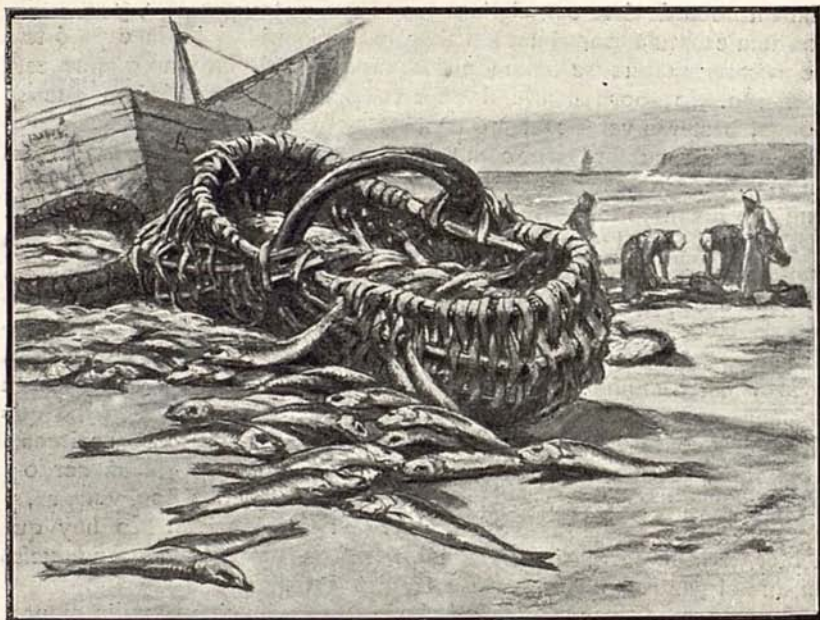
Se le atribuía grandes cualidades digestivas creyendo que atenuaba el apetito, pero para que produjera estos resultados era necesario que se tomase en dosis pequeñas, pues caso contrario producía trastornos intestinales, demacración y amarillez. Por eso se decía que los elegantes de ambos sexos de la época del romanticismo, allá por el final del primer tercio del siglo pasado, bebían vinagre con objeto de estar pálidos, flacos y macilentos, que era lo que estaba de moda.

Se han usado también hace años los vinagres para tocador, perfumados con esencia de rosa, azahar, clavel, menta ó frambuesa. Se elegían para tales usos los vinagres blancos.

Por regla general, éstos son preferidos á los tintos, aunque puede quitárseles el color rojo mezclándolos con leche caliente en proporción de cuatro partes de leche por cada cinco de vinagre, revolviendo bien la mezcla y filtrándola con mucho cuidado al cabo de algunos días; al coagularse la leche arrastra consigo la materia que da el color.

También se obtiene el vinagre destilando la madera, es decir, quemándola en hornos y recogiendo los vapores que produce la combustión en recipientes muy fríos, en donde se condensan, es decir, se convierten en líquido, del cual, por medio de la destilación, se separa el vinagre que contiene.

JUAN ANTÓN



## LA SARDINA

**H**e aquí la historia, la triste historia que hace algunos meses me refirió una pobre mujer que, cubierta de andrajos, iba mendigando por la calle:

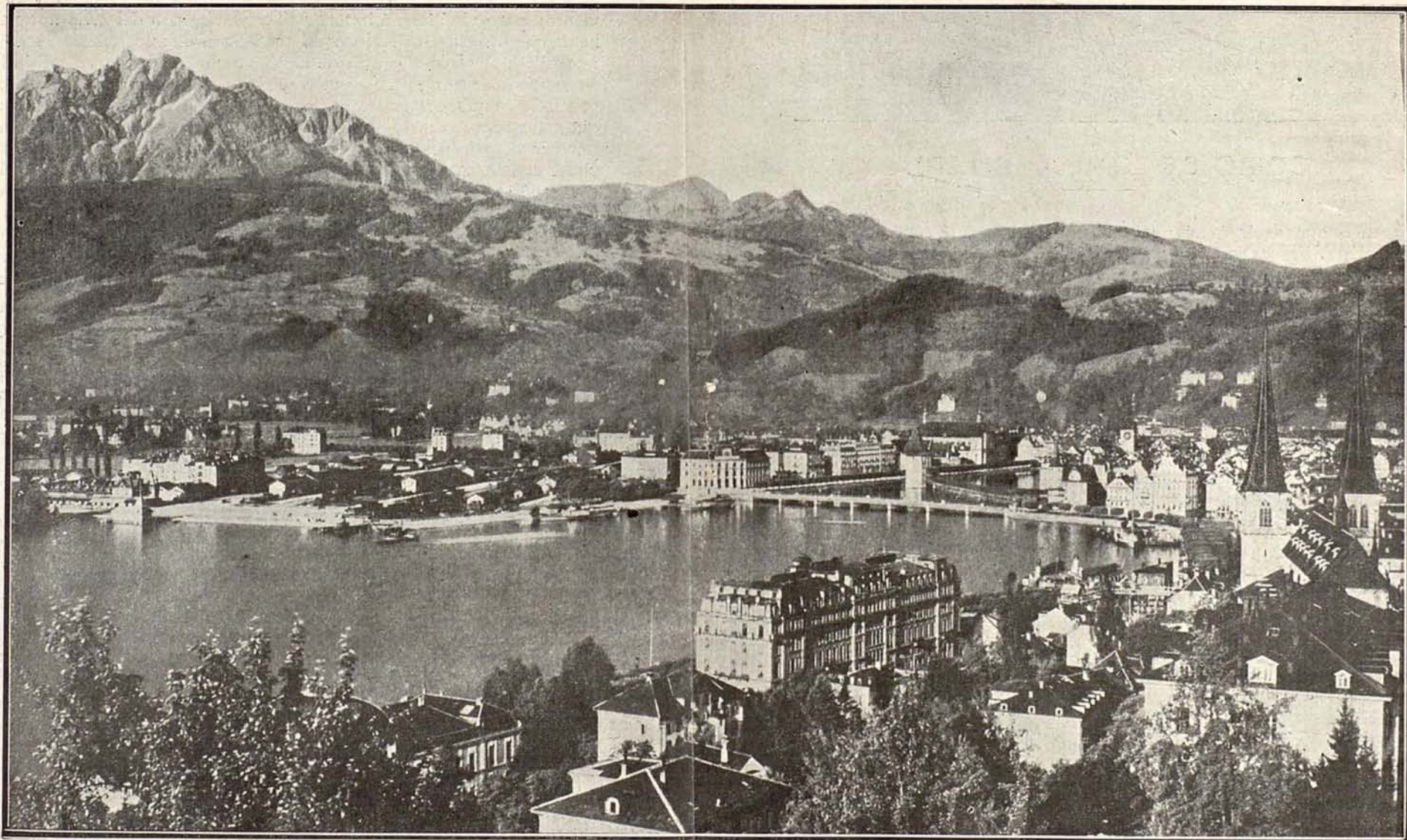
«Vivía tranquila en un pueblecillo de la costa gallega. Mi marido era pescador y servía á bordo de una lancha en compañía de otros tres compañeros y del patrón, hombre de modales rudos, pero de buen corazón. Ya ve usted, señor, que el oficio de mi hombre no es para dar regalo al cuerpo ni para vivir á qué quieres boca; pero con todo, como él era un bendito, nos parecía que la hazofia, el vino y el pan no eran tales cosas sino gloria de Dios. Yo, que nací en un pueblecillo cordobés, temía al mar como á la muerte, y este temor mío era el hazmerreir de todos, empezando por mi marido, el cual, por oirme, llamaba al mar su cuna y su tumba, y decía que puesto que todos hemos de morir, más vale que se lo trague á uno el mar ancho y grande que no un hoyo ruín en la tierra. Llegó la época de la pesca de la sardina en el último otoño. Era el tiempo en que este pez emprende sus viajes, y todo el pueblo estaba muy contento, pues se supo que á dos leguas de la costa se señalaban grandes columnas ó bandos de estos peces. A la mañana siguiente á este descubrimiento, cuando todavía no alboreaba, se hicieron á la mar todas las lanchas disponibles, y eso que, al parecer de los marinos viejos, el mar no estaba muy se-

guro, según ciertas señales que ellos advertían en el cielo y en el viento; pero ¿qué iban á hacer? Allí estaba el pan del invierno y allí había que ir á buscarlo. No era la codicia la que los tentaba, sino la necesidad. A eso de las diez de la mañana, merced á un ventarrón furioso que se levantó, las olas encrespadas parecían montañas, y el cielo se cubría de nubes negras como la noche. Todos acudimos á unas rocas que caían sobre el mar, y puestos en ellas, atalayábamos el horizonte por ver si tornaban los ausentes. Una hora sería transcurrida cuando vimos varias lanchas que volvían á todo correr, perseguidas por las olas cada vez más furiosas. Cuando llegaron vi que ninguna era la de mi marido. Los hombres nos consolaron diciendo que tras ellos vendrían las otras. Estaban muy disgustados. Llegó otro grupo de lanchas y tampoco vino mi marido. ¡Y no volvió, señor, no volvió...! Me lo robaron aquellas olas grandes, grandes como mi desgracia, y desde entonces voy pidiendo limosna para llegar á mi pueblo...»



Calló la pobre mujer y lloró; y yo desde aquel día, siempre que en una pescadería veo á las sardinas con sus lomos azulados y sus costados blancos como la plata, me acuerdo de la triste historia y pienso en los pobres y buenos pescadores que por ganar el sustento de los suyos, proporcionando á sus semejantes un humilde manjar, exponen su vida cumpliendo como nadie el precepto bíblico: *Ganarás el pan con el sudor de tu frente...*

JOSÉ A. LUENGO.



## LUCERNA

A la entrada de Suiza, y al lado del lago admirable, situado entre los cantones de Uri, Unkerwalsen y Schwyth, se halla Lucerna, capital del cantón de su nombre. Su hermoso río lo atraviesan antiguos puentes, adornados de pinturas y guardados por torres de la Edad Media, que, como dice un escritor contemporáneo, parecen juguetes de niño comparados con las altas montañas que los circundan. Una de éstas, que cubre casi la

ciudad con su sombra, es el Monte Pilatos, que tiene 7.000 pies de altura, en cuyas praderas pastan cuatro ó cinco mil cabezas de ganado. Esta montaña tiene la tradición de que á sus alturas fué Poncio Pilato á suicidarse por el remordimiento de la inicua condena del Salvador. Otra montaña que con la anterior rivaliza es la de Aighi. A ambas ascienden los turistas por cómodos ferrocarriles.



## CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

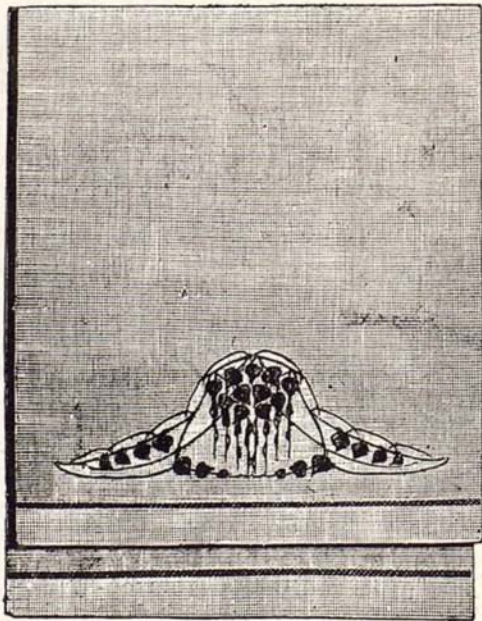
XXI

Tengo que decir á mis amiguitas que estoy muy contenta y muy triste. Parece raro, ¿verdad? Voy á ver si puedo explicarme; estoy muy contenta porque veo que me quieren y que las niñas piensan en mí y las gusta que las cuente muchas cosas; estoy alegre porque he hecho una labor muy preciosa, que ahora la explicaré y hasta la enseñaré, porque la *miss* la ha pintado en un papel para que mis amiguitas se enteren bien de cómo es y cómo la he hecho. Pero estoy muy triste... no sé por qué, no, no lo sé, pero el caso es que no tengo gana de comer, ni de guisar, ni de salir, ni de jugar, ni de nada. ¡Qué raro es esto! Mamá y papá no hacen más que preguntarme que si me duele algo, y no me duele. La *miss* y mis hermanos me cuentan cuentos para

ver si me río, y no me río; el ama seca el otro día estaba llorando y diciendo:

—¡Este no es mi Juan, que me le han *cambiao*.

La pregunté qué Juan era ese, y me dijo que no era Juan, sino que ella quería decir que yo no estaba como siempre, que estaba cambiada, y que lo sentía. Papá ha dicho que va á tener que llamar al médico, pero eso me asusta mucho, por si también quieren abrirme paraver lo que tengo dentro, porque ¡como me salen de dentro las ganas de reír ó las de llorar! Bueno, señor, no sé lo que me pasa. Y Baby se está quedando muy delgadita porque no la hago comida, y muy sucia porque no la lavo, ni la peino, ni la



LA TOALLA TERMINADA

mudo de camisa, ni la pongo ropa limpia á la cama; ¡qué porquería! Mi casa de muñecas está cerrada y no tengo ganas de arreglarla, ¡y aún no me he ocupado de comprar los inquilinos para ella!

Papá dijo ayer que no esperaba mas que dos días, y que si no vuelvo á ser la tuluca de siempre, que me llevará á un médico, prometiéndome que no me harán daño; me parece que voy á decidir que sí, porque esto no me divierte, es mucho mejor correr y saltar, y romper cosas, y hacer rabiar á los demás, y comer mucho.

A pesar de que estoy así de rara, no quiero dejar de cumplir mi promesa, y voy á explicar la labor que regalé á mis papás.

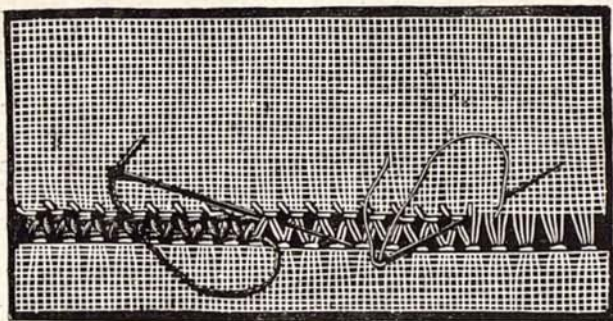
Es una toalla. La *miss* y yo compramos la tela, que se llama *granité*. ¡Vaya un nombre! ¿verdad? La hice un dobladillo ancho á vainica doble, y entre la vainica hice unos cruzados con algodón de color de rosa. Después, con algodones de colores, de esos que se llaman *lavables* porque se lavan, bordé unas hojas y unas cosas preciosas. Quedó la toalla tan bonita que casi da lástima secarse con ella.

Aquí tienen ustedes los dibujos que ha hecho *miss* Ketty para que vean cómo se hace y cómo resulta una toalla así.

Pues se la regalé á mis papás y se pusieron muy alegres... y yo no, ni siquiera eso me dejó contenta.

¡Qué rabia me da esto! ¿Ustedes saben por casualidad qué es lo que me pasa á mí? Yo voy á ir á preguntárselo á Luisito que sabe tantas cosas, para ver si él lo averigua.

MARIA A. OSSORIO Y GALLARDO



DETALLE DE LA VAINICA



DETALLE DEL BORDADO



BERNARDETA SOUBIROUS

## LA PASTORCITA DE LOURDES

En la entonces modesta ciudad de Lourdes, situada en el departamento de los Altos Pirineos, al Mediodía de Francia, vivía en el año 1858 una pobre familia de un molinero, compuesta del matrimonio, dos hijas, la mayor de catorce años, y dos hijos menores que sus hermanas.

Llamábase el padre Francisco Soubirous y la madre Luisa Casterot.

La mayor de las hijas, Bernardeta, poco después de su nacimiento fué llevada á la aldea de Batres, y allí permaneció con su nodriza hasta los catorce años, ocupada en guardar ovejas, sin ningún otro trato que el de su familia adoptiva.

No sabía la niña leer ni escribir, ni la habían enseñado el catecismo, y únicamente conocía el Padrenuestro y el Avemaría, por lo cual su devoción única era rezar el Rosario.

Su salud estaba muy quebrantada, y su madre procuraba cuidarla todo lo posible.

A los quince días de encontrarse en casa de sus padres, llegó el 11 de Febrero, y como la pobre familia no tuviese á las once de la mañana fuego para hacer la comida, encargó la madre á la niña menor que fuese á recoger algunas ramas secas á las orillas del río Gave. Quiso Bernardeta acompañar á su hermana, pero la madre se oponía porque la niña tenía mucha tos. Llegó á la sazón á la casa otra muchacha de la vecindad, llamada Juana Badía, que también iba á buscar leña, y entre todas lograron que la madre dejase ir á Bernardeta en su compañía.

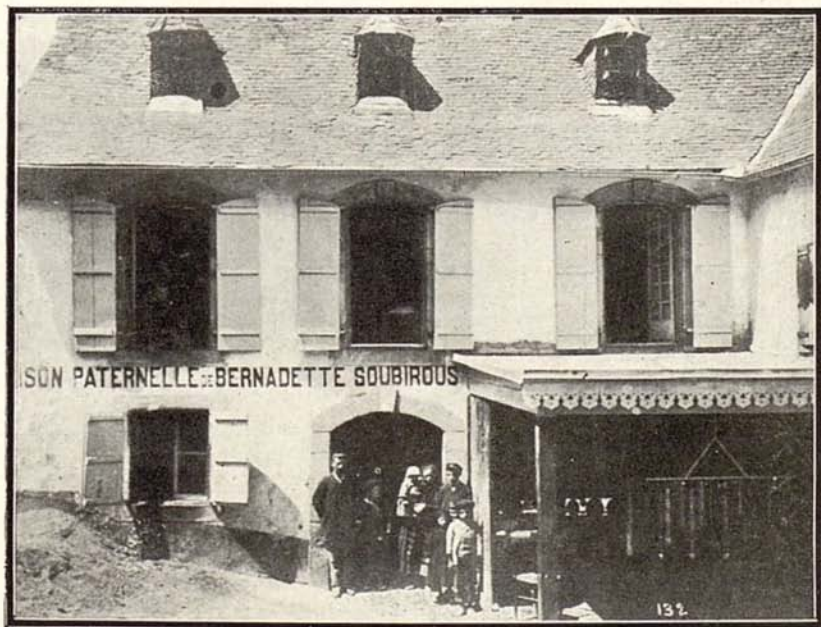
Salieron las tres del pueblo, y, atravesando éste, llegaron pronto á la orilla izquierda del río. Pusiéronse á recoger ramas, y María y Juana hicieron su provisión; pero Bernardeta fué menos afortunada. Habían atravesado las otras el arroyo, porque la leña se hallaba al otro lado, y cuando Bernardeta quiso imitarlas y se dispónia á descalzarse, una fuerte ráfaga de viento la obligó á levantar la cabeza, y quedó asombrada, porque ni siquiera un soplo de aire movía las hojas de los árboles. Al ir á inclinarse de nuevo, el viento conmovió hasta la tierra que pisaba, y al mirar la muchacha con mayor pasmo, sólo vió un rosa silvestre sobre la roca. De repente, observó en

la parte más elevada de la gruta una especie de hoyo que se inunda de claridad, y en medio de esta luz una señora de celestial belleza, vestida con un traje blanco, tocada su cabeza con blanco velo y ceñida á la cintura una gasa azul. Sobre cada uno de sus pies desnudos tenía una hermosa rosa abierta.

Cuando Bernardeta contó la visión que había tenido, su familia la prohibió que volviera á la gruta, temiendo fuese aquello ilusión del enemigo; pero así esta prohibición como otras que se le impusieron después, no pudieron dominar la fuerza irresistible por la que la niña decía estar empujada para volver.

Diez y ocho veces vió la aparición sobrenatural y habló con ella, y recibió el encargo de la construcción de una capilla en aquel mismo lugar, y finalmente la comunicación de que aquella aparición era María Inmaculada.

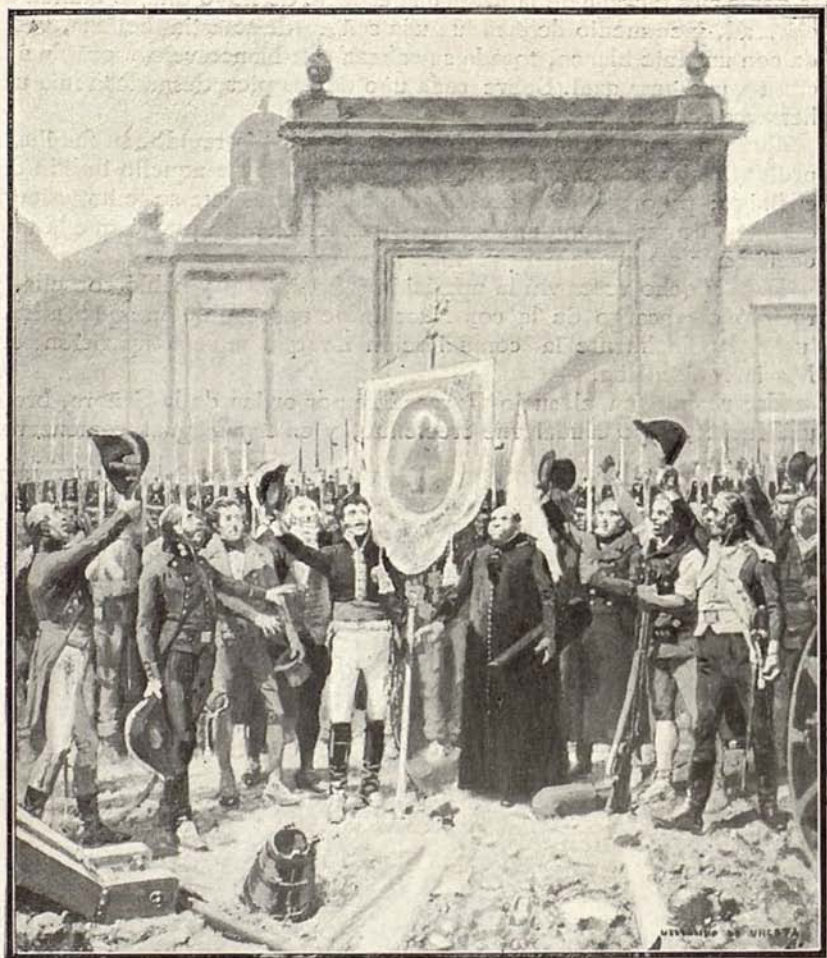
Escarbando en el suelo Bernardeta por orden de la Señora, brotó una fuente, cuyo caudal fué creciendo, y en cuyas aguas comenzaron



CASA DE LA FAMILIA DE BERNADETA

á encontrar milagrosamente la salud multitud de enfermos é impedidos. Construyóse, en efecto, un templo suntuoso, al que acuden hoy en peregrinación unos 700.000 fieles al año, que presencian las milagrosas curaciones que allí concede el cielo á los creyentes.

Bernardeta ingresó luego en el convento de San Cuilardo de Nevers en 1866, y allí falleció cristianamente el 16 de Abril de 1879.



### EL JURAMENTO DE ZARAGOZA

Cúmplese en estos días el centésimo aniversario de un acto solemne é imponente que se celebró en Zaragoza y que ha dejado en la Historia perdurable recuerdo. Cuando las aguerridas tropas de los generales franceses Lefevre y Verdier amenazaban la ciudad indefensa quiso el marqués de Lazán asegurarse del espíritu de la guarnición y del pueblo zaragozano y convocó una junta de autoridades, eclesiásticas, corporaciones y vecinos de todas clases, en la cual se acordó defender la ciudad hasta morir. Al siguiente día, 26 de Junio de 1808, soldados y paisanos prestaron solemne juramento de cumplir el heroico acuerdo ante el estandarte de la Virgen del Pilar. Los dos sitios dicen cómo supieron cumplirlo los zaragozanos.

Ayuntamiento de Madrid

## LA CAZA DE CUCUFATE



Cucufatito, tan corto de alcances como largo de manos, quedó encantado á la vista de una mariposa, y quiso cogerla.



Fueron de ver las carreras y los saltos que dió Cucufatito, con la vana pretensión de cazar mariposas á mano.



A veces el insecto se posaba sobre el verdé césped, y el chico se precipitaba sobre ella al verla á su alcance.



Pero escapábase de entre sus ávidas manos y levantaba el vuelo, dejando con un palmo de narices á Cucufate.



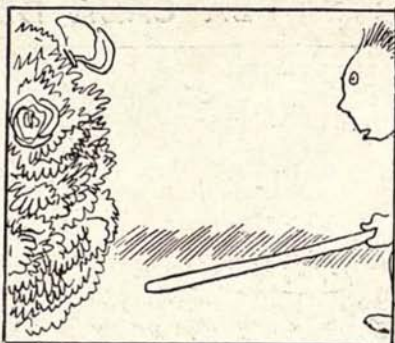
Una vez que, á consecuencia de un movimiento mal equilibrado, se encontró á cuatro pies, el chico se puso á pensar.



Cucufate tenía su idea: puesto que sus brazos no llegaban á la mariposa, era preciso prolongar su alcance.



Al efecto, se procuró una estaca, y corrió hacia el macizo de flores, donde el alado insecto había posado su vuelo.



Allí estaba, con las alas plegadas, bien ajena del ingenioso ardid que Cucufate había imaginado contra ella.



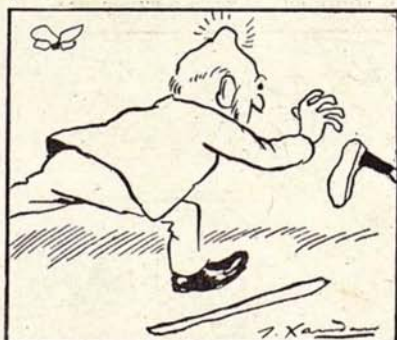
Con muchísima cautela fué levantando la estaca, y afinando la puntería dispúsose á descargar el golpe certero.



A la una... á las dos... ¡zas! Cucufate no vió por dónde voló la mariposa; pero saltaron las hojas y se oyó un quejido lastimero.



Un pobre señor que leía tranquilo detrás del macizo recibió el estacazo en la parte más prominente de su calva...



Y saliendo tras el estúpido de Cucufate, acabó por alcanzarle y le quitó la afición de cazar mariposas á estacazos.